

# Un amigo entrañable

Miguel Alemán Velasco

Ha sido un privilegio en mi vida haber sido amigo cercano de Carlos Fuentes. Un hombre de una calidad humana excepcional y un escritor emblemático de las letras mexicanas. Los recuerdos se agolpan en mi memoria, pues nos frecuentamos durante más de medio siglo.

Nos conocimos en algún lugar de la colonia condesa, DF, recién llegado Carlos de Panamá, lugar en el que le tocó nacer por la carrera diplomática de su padre, aunque él me confesó, en tono poético, que había sido “concebido bajo un gran árbol de ceiba de la Hacienda de La Orduña”, en Coatepec, muy cerca de Xalapa, razón por la que amaba Veracruz, cuyo paisaje describió con amor en algunas de sus obras. No estuvo ausente su natal Panamá de sus recuerdos. En *Los días enmascarados* dejó testimonio de aquella ciudad, hilo de plata, cicatriz acuática, fundada por Pedrarias Dávila, que comunica, en la parte más estrecha de América, al Atlántico con el Pacífico.

Cuando llegó a México en 1944, Carlos fue inscrito en el Colegio Francés Morelos, después Centro Universitario México, donde empezó nuestra amistad. Él había peregrinado ya por Uruguay, Brasil y Ecuador. Y nos reuníamos a tomar horchata y helados en la calle de Salamanca y en algún Kiko's tomábamos malteadas de vainilla y chocolate. Ahí también conversábamos sobre la amistad de nuestros padres, de literatura, de política y cine, del que fue gran conocedor.

Al convertirnos en universitarios, a la mitad del siglo XX, nuestro tema fue preponderantemente la ley y el derecho. Los compañeros y amigos compartíamos al querido maestro español don Manuel Pedroso (sinodal en mi examen profesional). No podemos dejar de evocar aquellas reuniones en casa de don Manuel: nos juntábamos a escucharle hablar de Rousseau, Platón y Maquiavelo, sentados en tantas pilas de libros y escasas sillas, disfrutando al mismo tiempo del excelente café

que nos preparaba Lita, su esposa, y que nos servía de estímulo para la diversidad de temas de derecho, historia y cultura general.

Vienen a mi memoria también las tertulias encabezadas por doña Dolores Tovar de Loaeza y sus bellas hijas, vecinas de los Pedroso. En ocasiones don Enrique Loaeza, presidente de la Organización Internacional de Aviación Civil, se dirigía a los interesados en el derecho aéreo.

En tanto estudiábamos, cultivamos el periodismo y tuve la fortuna de invitar a Carlos a colaborar en la revista *Voz. Expresión de América*, fundada y dirigida por mí en 1950 y que representó la gran aventura literaria y periodística de mi juventud. Carlos escribió algunos artículos. Uno, por ejemplo, sobre la Bienal de Venecia, exposición patrocinada por Giorgio de Chirico, que él llamó la Antibienal —por cierto, como cosa curiosa, 59 años después un grupo de amigos regresamos acompañando a Carlos a la Bienal de 2009, y en el teatro Carlo Goldoni se estrenó la ópera *Aura*, presentada por un grupo de música y teatro de Munich, con actores y directores españoles—. Otro artículo lo escribió en ocasión del tercer aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. En otro hablaba de André Gidé, el teatro Old Vic de Londres con el actor Laurence Olivier y uno más lo envió sobre la película de Luis Buñuel *Los olvidados*, que tanta ámpula levantó ese año, y que Carlos consideró como la entrada de Buñuel al realismo.

Pertenece a la llamada Generación del Medio Siglo, que fue producto de las transformaciones sociales que vivieron México y el mundo (el fin de la mentalidad militarista de la Revolución, una nueva época de civilismo, las reflexiones acerca de la reciente guerra mundial y el inicio de la Guerra Fría). También se le llamó así en honor a la revista fundada por Carlos en la Facultad de Derecho y que dirigió de 1953

a 1957 junto con compañeros de carrera. La tituló *Medio Siglo*.

Carlos fue un notable conocedor de la mayoría de las obras maestras del séptimo arte. Aceptó mi invitación a ser jurado en varias ediciones de la Reseña Cinematográfica de Acapulco, como en las de 1959, donde también participó como jurado el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, y en la de 1960 donde Carlos, George Sadoul, Emilio García Riera y yo fuimos miembros del comité de premiación. La Reseña siempre brilló por la calidad de sus invitados y de los filmes y por ser realizada en aquel bello puerto que tanto impulsó mi padre.

Carlos fue un amante del cine en general. Se trataba de cine mexicano, norteamericano, europeo o asiático. Su erudición era inagotable. En 1961 firmó con otros intelectuales el manifiesto de la revista *Nuevo Cine*. También adaptó numerosas obras propias y de otros auto-

res para la pantalla. Junto con Gabriel García Márquez escribió los guiones de las películas *El gallo de oro*, en 1964 y *Tiempo de morir* en 1966.

El teatro fue otro de nuestros temas de conversación favoritos. Recuerdo, ahora, que Carlos me decía que era en el teatro, en el escenario en vivo, donde se podía captar con toda intensidad la reacción del espectador. Su entusiasmo le llevó a presentar en 1982, bajo el auspicio de la Universidad de Harvard, la obra *Orquídeas a la luz de la luna*. Tuvimos la buena suerte de estar en el estreno Carlos, Silvia, mi esposa Christiane y yo, en el Loeb Drama Center del American Repertory Theater. En la obra, las dos grandes actrices del cine mexicano, María Félix y Dolores del Río, rememoran sus años de triunfos en el séptimo arte y el ambiente del cine de aquellos años.

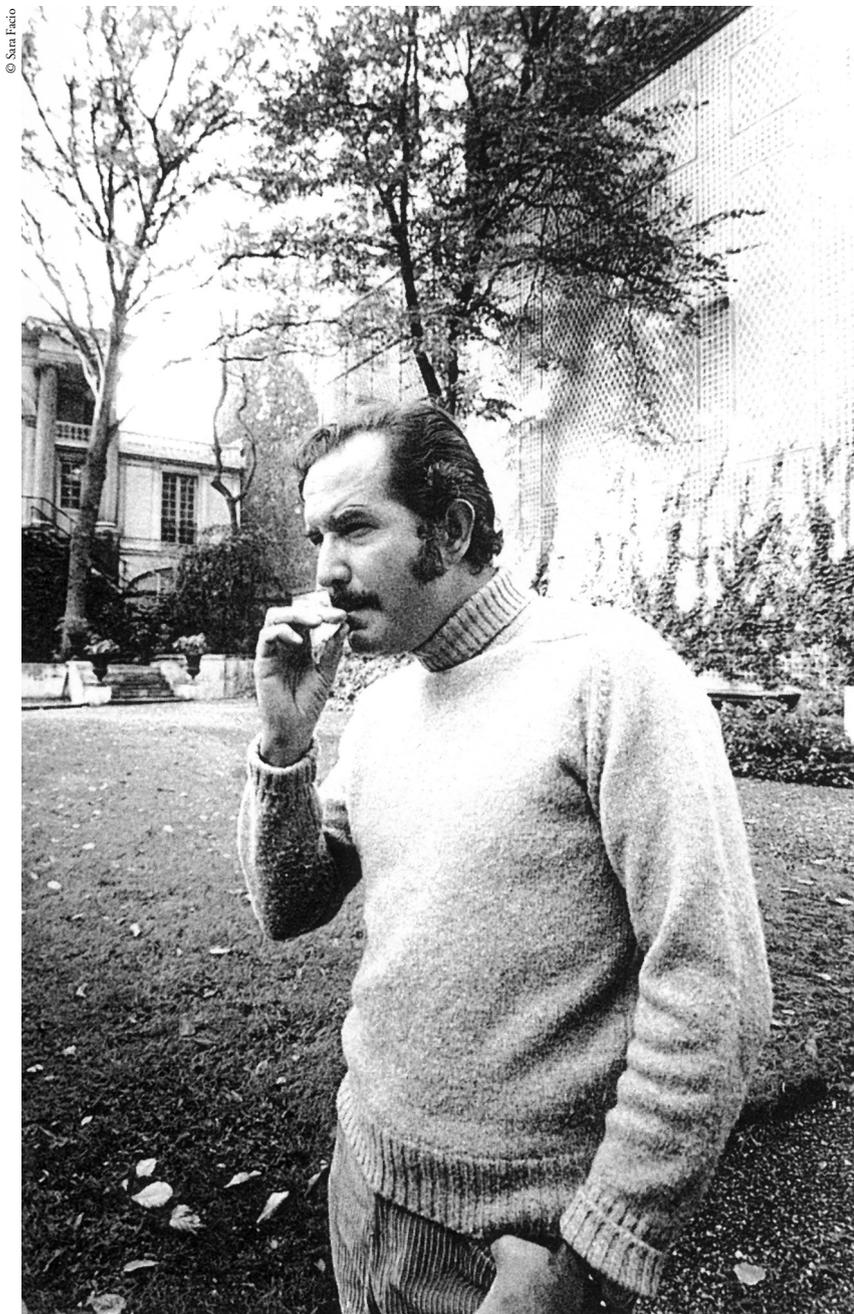
En 2008 se celebraron en México y en el extranjero sus 80 años. Mi esposa Christiane y yo asistimos a su conferencia magistral en el Auditorio Nacional, ante más de diez mil personas, que impartió con la sabiduría y seguridad de siempre.

Quiero contar un gratisimo recuerdo personal. Hacia 1973, Silvia Lemus trabajaba en Televisa en la dirección de noticieros. Era una de las reporteras estrella. Entrevistó a Carlos con muy buenos resultados: él quedó muy satisfecho, lo mismo que quienes presenciamos aquel intercambio tan interesante de circunstancias, eventos y lugares. Después fuimos a comer escamoles y otros platillos típicos a La Merced. Más adelante iniciaban una relación de complicidad, amistad y entrega que duraría toda la vida.

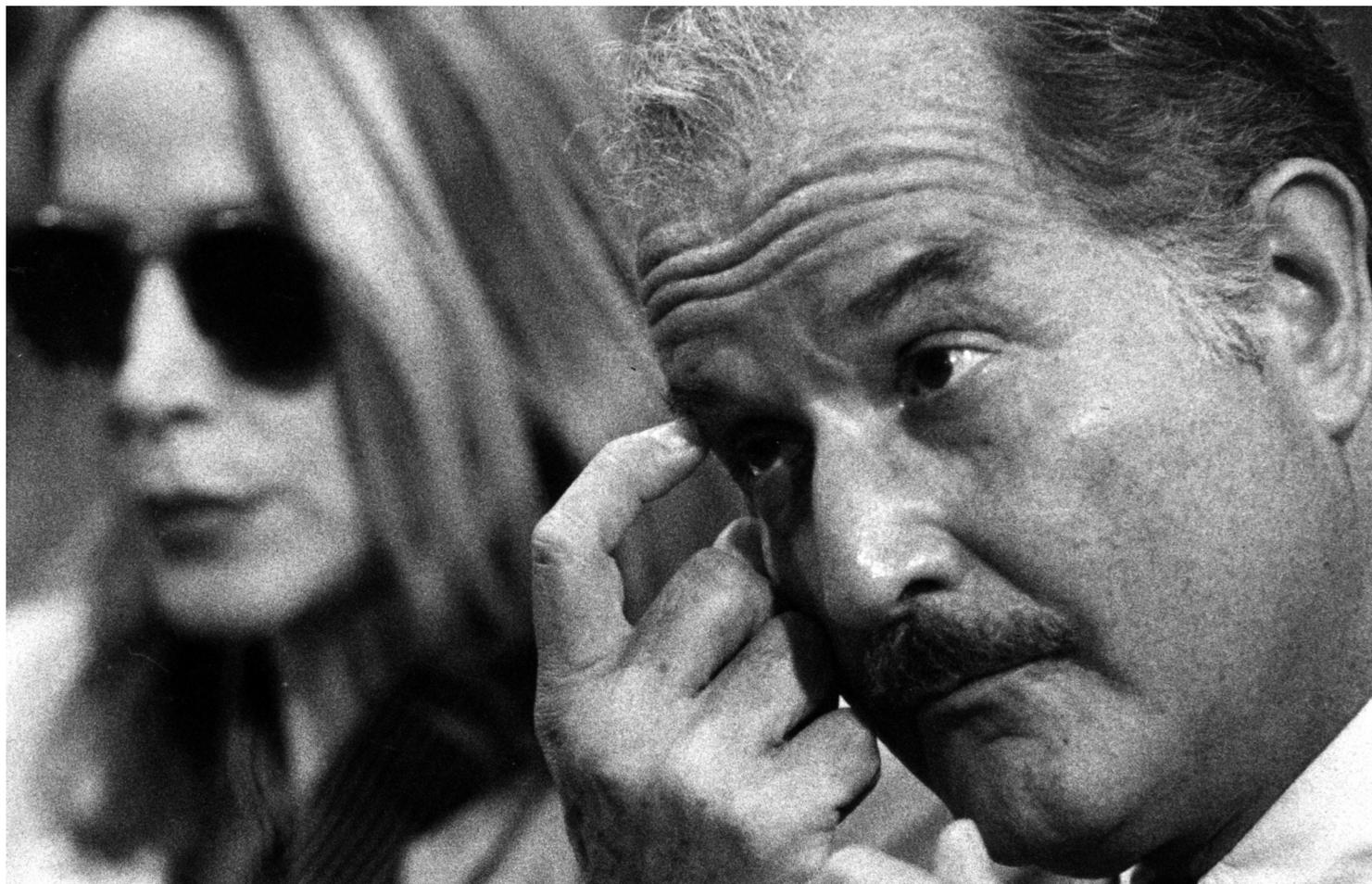
Siempre admiré su inteligencia y la coherencia entre sus escritos, sus palabras y sus hechos. Al escucharle, siempre tuve la sensación de que por su voz pasaba la de los antepasados: las tías, los abuelos, con sus historias cargadas de hechos mágicos, hundidos en las raíces de nuestra historia y nuestro tiempo. La sociedad le buscaba para pedirle su opinión en momentos delicados. Nunca vaciló en hacer críticas contra los gobernantes o el sistema desde el espacio de libertad que había conquistado a pulso.

Su amor por el arte y la cultura de México lo hicieron escribir para televisión la serie *El espejo enterrado*, sin los prejuicios que acerca de la televisión tenían muchos intelectuales en la época. Después preparó *El alma de México*, sobre la cultura y la gastronomía en ciudades como Londres o París—donde vivió tantos años—, Roma, Buenos Aires, Colombia, Brasil, Perú y otros tantos lugares.

Es suyo el concepto de que el Golfo de México es el Mediterráneo de América. Decía que Veracruz era la última ciudad de este mar europeo. Fue el orador en la Primera Cumbre de Negocios, donde lo invité para hablar en el discurso de clausura. Pronunció el discurs-



© Sara Falcó



Carlos Fuentes y Silvia Lemus

so “Globalización: ¿Y qué es de mi alma?”. Ahí recordó el arribo de Cortés a la Villa Rica de la Veracruz y que sería una de las capitales de la primera globalización en el siglo XVI, o globalización renacentista, a partir de la cual se expandiría el comercio. Carlos decía que “no hay globalidad que sirva sin localidad que valga”.

A finales de abril y primeros de mayo de este 2012, acompañamos a Carlos a Río de Janeiro, Brasil —donde tuvo lugar el lanzamiento a nivel continental de la Cátedra Interamericana Carlos Fuentes, en el marco del Congreso de las Américas,—, para continuar el viaje a Argentina y regresar a México pocos días antes de su deceso. En la feria internacional del libro de Buenos Aires, Carlos leyó ante más de dos mil personas su ensayo sobre la novela latinoamericana. También presentó su libro *Carolina Grau*, y he de decir que la fila de lectores esperando para que les autografiara su obra, en el stand de la editorial Alfaguara, daba cuatro vueltas a la manzana. Pacientemente Carlos esperó más de cinco horas de pie hasta el último de aquellos lectores, para preguntarles su nombre, dirigirles algunas palabras y dedicarles el libro.

Sería éste el último viaje de Carlos y el último que haríamos con él. ¡Se veía entero! Por ello me impactó su muerte, inesperada, repentina. Me reconforta saber que no sufrió, que sólo así mueren los privilegiados, y Carlos lo fue en vida.

Casi se cumple medio año de su deceso pero nos reunimos hoy para celebrar el aniversario de su nacimiento. Carlos no ha muerto del todo pues está presente en sus escritos, y creo que renace cada día cuando alguien abre alguno de sus libros.

Silvia sabe del cariño y admiración sinceros que se tienen por Carlos en todo el país y en el mundo. Seremos coherentes con su pensamiento mientras seamos críticos y luchemos por la armonía social y el respeto. Él dijo alguna vez que “sólo dañamos a los demás cuando somos incapaces de imaginarlos”.

Apenas hace unos días en Madrid, al inaugurar el congreso *El Canon del Boom*, Mario Vargas Llosa dijo que Carlos contribuyó a acercar a los escritores latinoamericanos. También nos acercó a nuestra sangre, a nuestro tiempo, a nuestros sueños y a nuestras esperanzas.

“Carlos Fuentes nos espera desde su balcón en el hotel Metropol y desde ahí nos interroga, cuestiona y se asoma, como dice Sergio Ramírez, para agarrar a las verdades establecidas por el rabo y hacerlas chillar. Desde ahí, seguirá conversando Carlos Fuentes sobre el poder, el amor, la justicia, la historia de la ambición humana, de la intriga por el poder y de la gloria que llega y la gloria que se ha ido y de que volverán los de antes a levantarle monumentos a los de después”.

Descansa en paz, Carlos Fuentes. **u**